

10.18004/pdfce/2076-054x/2024.030.59.001


Aspectos fundamentales de la economía del cuidado

Verónica Serafini Geoghegan¹ 

¹Centro de Análisis y Difusión de la Economía Paraguaya. Asunción, Paraguay.

Recibido: 31/03/2024

Aceptado: 30/06/2024

Editor responsable: Marcela Achinelli  Facultad de Ciencias Economicas - UNA. San Lorenzo, Paraguay

La economía del cuidado es un término relativamente nuevo y, por lo tanto, hay una multiplicidad de propuestas conceptuales que han evolucionado y se han enriquecido con el debate teórico y con la evidencia empírica que se ha generado gracias a las encuestas de uso del tiempo. Esquivel (2016) da cuenta de esta evolución señalando que inicialmente, el concepto de economía del cuidado tiene origen en el debate sobre el trabajo doméstico. Más tarde, el énfasis se trasladó a la relación entre el cuidado de niños y adultos mayores brindado en la esfera doméstica y las características y disponibilidad de servicios de cuidado, tanto estatal como privado, poniendo el foco en las personas dependientes.

A partir de la conjunción de los aportes de filosofía y la ética del cuidado, así como el apoyo de los instrumentos de medición del uso del tiempo también se incorporan las relaciones interpersonales y familiares entre personas que no son dependientes, ya que es claro que el bienestar de estas también requiere cuidados. Desde esta perspectiva más amplia, la economía del cuidado conforma un conjunto de bienes, servicios y acciones -remunerados y no remunerados- que tienen como objetivo garantizar la reproducción social -material/biológica, ecológica, cultural, afectiva- de las personas. A continuación, se presentan tres aspectos a tratar para abordar con mayor especificidad el contenido de la economía del cuidado y dimensionar la relevancia de la misma en la economía y la sociedad: “Todos necesitamos cuidado y no solo las personas dependientes”, “El cuidado es trabajo remunerado y no remunerado” y “Los cuidados trascienden fronteras: las cadenas globales de cuidados”.

“Todos necesitamos cuidado y no solo las personas dependientes”: La vulnerabilidad es inherente al ser humano y es universal y continua a lo largo de la vida (Fineman, 2008; y Fineman y Gear, 2013). Las personas son seres interdependientes (Tronto, 1993) y enfrentan determinadas condiciones a veces de vulnerabilidad o indefensión, pero otras simplemente ligadas a la afectividad y al sentido de pertenencia. Por lo tanto, la necesidad de cuidados no se limita a las personas dependientes. La provisión de alimentos sanos y propios de la cultura gastronómica de la sociedad en la que viven las personas en la mesa familiar constituye una acción de cuidados que es requerida no solo por niños, niñas, personas mayores o con alguna discapacidad sino por cualquier

integrante de la familia, incluyendo a otras personas que sean parte del entono afectivo. Esta perspectiva busca superar la visión de “grupos vulnerables” como poblaciones específicas, como las personas con discapacidad, las madres solteras, los adolescentes excluidos del sistema educativo, la juventud en conflicto con la ley, las poblaciones en situación de pobreza extrema o afectados por desastres naturales, entre otros. Un tema distinto es el de las políticas de cuidado, en el que se delimitan las personas sujetas del derecho a recibir los beneficios que provee la política. El sentido de justicia radica en evitar que por razón de su vulnerabilidad -en cualquiera de sus formas- las personas se ubiquen por debajo de las capacidades mínimas para una vida digna, no puedan hacer uso de las oportunidades o tengan obstáculos para el logro de resultados (Nussbaum, 2006). Por lo anterior es necesario distinguir entre el debate conceptual o teórico del cuidado y el alcance de una política pública, ya que hay acciones que pueden ser reemplazadas en el mercado o por el Estado, pero otras necesariamente deben ser compartidas al interior del hogar.

“El cuidado es trabajo remunerado y no remunerado”: Si bien la economía del cuidado tiene como una de sus preocupaciones más importantes visibilizar y cuantificar el trabajo no remunerado, en el que se encuentran el trabajo doméstico y el de cuidados, el trabajo remunerado también es considerado como relevante. Por un lado, el trabajo no remunerado está invisibilizado y en el mismo se ubica el origen de las desigualdades más importantes que afectan a las mujeres. El trabajo no remunerado no recibe el reconocimiento ni el apoyo necesario, lo que lleva a una sobrecarga de trabajo para las mujeres quienes asumen la mayor parte de estas responsabilidades. El mercado laboral penaliza a las mujeres con menores ingresos laborales y trabajos precarios por cuenta propia o de manera independiente, incluso en el caso de las mujeres que viven solas o decidieron no tener hijos. Los sistemas de seguridad social excluyen a casi la mitad de las mujeres en el mundo ya que en su mayoría solo tiene derecho a entrar a los sistemas contributivos los trabajadores remunerados y en particular, los que se encuentran en relación de dependencia. Por otro lado, el trabajo remunerado en el mercado relacionado con los cuidados como los servicios prestados a las personas mayores o la infancia, también han sido históricamente desvalorizados y feminizados, ya que se consideran extensiones de las labores al interior de los hogares. El trabajo doméstico se ubica entre los de mayor informalidad y menor remuneración, mientras que los cuidados en el sector de la salud o de la educación suelen estar entre los peor remunerados.

“Los cuidados trascienden fronteras: las cadenas globales de cuidados”: Migración y cuidados tienen un vínculo cercano. Muchos países, entre estos Paraguay, son expulsores de personas que buscan mejores oportunidades económicas fuera de sus países. La demanda de cuidados en países con estructuras demográficas más envejecidas ofrece esta oportunidad ya que requieren servicios de cuidado para personas mayores, pero también necesitan servicios para el cuidado de niñas y niños. Si bien se abren oportunidades, estas suelen implicar trabajos precarios y en ocasiones en condiciones de ilegalidad y ausencia de derechos laborales. En los países de origen

no deja de haber problemas, ya que la emigración, genera un vacío afectivo, que, junto con los cambios en los roles y responsabilidades dentro del hogar, puede afectar el bienestar emocional de los niños, aumenta la sobrecarga de cuidado en quienes se quedan.

Los tres aspectos citados dan cuenta de la complejidad operacionalizar la economía del cuidado, medir su tamaño e impactos, y diseñar políticas públicas. La economía del cuidado tiene profundos efectos en las mujeres y en las desigualdades de género. Pero también afectan al desarrollo infantil temprano y a las oportunidades económicas y la calidad de vida de las personas mayores y con alguna discapacidad. Las políticas públicas involucradas son múltiples y no se limitan a los estados nacionales, ya que la migración y el envío de remesas tienen carácter transnacional. Incluso la seguridad nacional, ya que, en muchos casos, los y las aportantes aportan o se jubilan habiendo vivido y aportado en diferentes países. Las políticas de cuidado deben ir de la mano de políticas laborales y productivas, de protección social, de educación y de salud, integrando las intervenciones y considerando el ciclo de vida y las características territoriales.

La economía del cuidado es fundamental para garantizar la sostenibilidad de la vida. Los trabajos -remunerados y no remunerados- son esenciales para la vida de las personas, pero también para la economía en general. Las desigualdades y los obstáculos que genera para la autonomía económica de las mujeres constituyen una pérdida para la producción, la productividad, el consumo, las recaudaciones tributarias y las contribuciones sociales de la seguridad social.

Fundamental of the care economy

The care economy is a relatively new term and, therefore, there is a multiplicity of conceptual proposals that have evolved and have been enriched by the theoretical debate and the empirical evidence that has been generated thanks to time use surveys. Esquivel (2016) explains this evolution by pointing out that initially, the concept of care economy has its origins in the debate on domestic work. Later, the emphasis shifted to the relationship between care for children and the elderly provided in the domestic sphere and the characteristics and availability of care services, both state and private, focusing on dependent people.

From the conjunction of the contributions of philosophy and ethics of care, as well as the support of instruments for measuring the use of time, interpersonal and family relationships between people who are not dependent are also incorporated, since it is clear that their well-being also requires care. From this broader perspective, the care economy makes up a set of goods, services and actions - paid and unpaid - that aim to guarantee the social reproduction - material/biological, ecological, cultural, emotional - of people. Below are three aspects to be discussed to address more specifically the content of the care economy and measure its relevance in the economy and society: "We all need care and not just dependent people," "Care it is paid and unpaid work" and "Care transcends borders: global care chains."

“We all need care and not just dependent people”: Vulnerability is inherent to human beings and is universal and continuous throughout life (Fineman, 2008; and Fineman and Gear, 2013). People are interdependent beings (Tronto, 1993) and face certain conditions, sometimes vulnerable or helpless, but other times simply linked to affectivity and a sense of belonging. Therefore, the need for care is not limited to dependent people. The provision of healthy food typical of the gastronomic culture of the society in which people live at the family table constitutes a care action that is required not only by boys, girls, elderly people or people with disabilities, but by any member of the family. The family, including other people who are part of the emotional environment.

This perspective seeks to overcome the vision of “vulnerable groups” as specific populations, such as people with disabilities, single mothers, adolescents excluded from the educational system, youth in conflict with the law, populations in situations of extreme poverty or affected by natural disasters, among others. A different issue is that of care policies, in which the people subject to the right to receive the benefits provided by the policy are delimited. The sense of justice lies in preventing people from being below the minimum capabilities for a dignified life due to their vulnerability - in any of its forms -, not being able to make use of opportunities or having obstacles to achieving results (Nussbaum, 2006). Therefore, it is necessary to distinguish between the conceptual or theoretical debate on care and the scope of a public policy, since there are actions that can be replaced in the market or by the State, but others must necessarily be shared within the home.

“Care is paid and unpaid work”: Although one of its most important concerns of the care economy is to make visible and quantify unpaid work, which includes domestic and care work, paid work is also considered relevant. On the one hand, unpaid work is made invisible and therein lies the origin of the most important inequalities that affect women. Unpaid work does not receive the necessary recognition or support, leading to an overload of work for women who assume the majority of these responsibilities. The labor market penalizes women with lower income and precarious self-employed or independent work, even in the case of women who live alone or have decided not to have children. Social security systems exclude almost half of the women in the world since, for the most part, only paid workers and, in particular, those in a dependent relationship have the right to enter the contributory systems.

In the other hand, paid work in the market related to care, such as services provided to the elderly or children, have also historically been devalued and feminized, since they are considered extensions of work within homes. Domestic work is among the most informal and lowest paid, while care in the health or education sector is usually among the lowest paid.

“Care transcends borders: global care chains”: Migration and care have a close link. Many countries, including Paraguay, expel people who seek better economic opportunities outside their countries. The demand for care in countries with older demographic structures offers this opportunity since they require care services for the elderly, but they also need services for the care of

children. Although opportunities open up, these usually involve precarious work and sometimes in conditions of illegality and absence of labor rights. In the countries of origin there are still problems, since emigration creates an emotional vacuum, which, together with changes in roles and responsibilities within the home, can affect the emotional well-being of children, increasing care overload in those who stay.

The three aforementioned aspects account for the complexity of operationalizing the care economy, measuring its size and impacts, and designing public policies. The care economy has profound effects on women and gender inequalities. But they also affect early childhood development and the economic opportunities and quality of life of older people and people with disabilities. The public policies involved are multiple and are not limited to national states, since migration and the sending of remittances are transnational in nature. Even national security, since, in many cases, contributors contribute or retire having lived and contributed in different countries. Care policies must go hand in hand with labor and production policies, social protection, education and health, integrating interventions and considering the life cycle and territorial characteristics.

The care economy is essential to guarantee the sustainability of life. Jobs - paid and unpaid - are essential for people's lives, but also for the economy in general. The inequalities and obstacles that it generates for the economic autonomy of women constitute a loss for production, productivity, consumption, tax collections and social security contributions.

AUTOR CORRESPONDIENTE: Verónica Serafini Geoghegan. Dra. en Economía. Investigadora categorizada PRONII Nivel II. Centro de Análisis y Difusión de la Economía Paraguaya. Asunción, Paraguay. **Email:** veronica_serafini@yahoo.com

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Esquivel, V. (2016). La economía feminista en América Latina. Revista Nueva Sociedad. N°265. Disponible en: https://static.nuso.org/media/articles/downloads/6._TC_Esquivel_265.pdf
- Fineman, M. (2008). The Vulnerable Subject: Anchoring Equality in the Human Condition. Yale J. of Law & Feminism. https://www.researchgate.net/publication/228137515_The_Vulnerable_Subject_Anchoring_Equality_in_the_Human_Condition/citation/download
- Fineman, M. & Grear, A. (2013). Vulnerability: Reflections on a New Ethical Foundation for Law and Politics. Farnham: Ashgate. 223pp.
- Nussbaum, M. (2006). Frontiers of Justice. Disability, Nationality, Species Membership. Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 487 pp.
- Tronto, J. C. (1998). An Ethic of Care. Generations: Journal of the American Society on Aging, 22(3), 15–20. <http://www.jstor.org/stable/44875693>